

El Salvador de Valencia

(Tradición religiosa)

I

No lejos de Beiruth, ciudad que un día tan nombrada llegó á ser en la Historia y del Mediterráneo á orillas se alza cual informe montón de pardas rocas, se erguía en medio de un espeso bosque, desde fecha antiquísima, remota, la mansion señorial de los muy nobles condes de Castro, altiva, majestuosa.

Sobre el conjunto de chaparros, cedros y añosos robles de elevadas copas, sobresalía la soberbia torre del homenaje, en ella la simbólica insignia, del señor de aquellos vastos contornos, la gallarda banderola, ondeaba pregonando su influencia, su prestigio y su acción dominadora.

Del vetusto, antiquísimo castillo, era el aspecto y traza arquitectónica arrogante é imponente, parecía gigante, colosal nido de roca.

Altos sus torreones; las ojivas de opacos vidrios, carcomidas, rotas; sus varias puertas, anchas y macizas; alta y severa su portada gótica a cuyo pie, cruzaba el levadizo fuente, sobre hondos fosos, con mil lobregas poternas y hediondos subterráneos, de entradas ignoradas y recónditas.

Y en la torre más alta, como fiero centinela, y oscura cual las sombras, un paredón se alzaba, destacándose las siniestras siluetas de las horcas.

En este gigantesco nido de águila en el siglo noveno, su monótona existencia, veía deslizarse en quietud patriarcal y melancólica, el ya anciano y postrero de los Condes, sin parientes ni deudos, cual la tortola que en el nido vacío, noche y día con dulcísimo canto ausencias llora.

Placía al Conde, desde una alta torre en las noches de estío, deliciosas, contemplar la belleza del paisaje y de los astros, la carrera incógnita...

En las tardes espléndidas de otoño, pasear solitario por la fronda, abismado en mil plácidos recuerdos y en vagos sueños de ventura y gloria.

El toque de oraciones en invierno y a la par de él, su servidumbre toda, elevar á los cielos por los muertos suplicas, oraciones fervorosas...

Después, en tanto que zumbaba el viento a lo lejos, con voz triste y medrosa, y los vidrios artísticos golpeaba la lluvia torrencial con furia loca,

se complacía en relatar leyendas
de aparecidos, o contar historias
de inclitos y valientes campeones;
sus proezas y hazañas portentosas.

El buen Conde adoraba sus vasallos;
no había ni desgracia, ni congoja,
que el no aliviara; nunca en sus dominios
de sangre se vertió una sola gota.

Si se encendía de la ambición o impulsos
la guerra impia, en las aldeas próximas,
por los almas de aquellos que morían
mandaba celebrar solennes honras...

El pueblo murmuraba que el anciano
hidalgo, poseía fabulosas
riquezas, costosos tapices,
muebles raros, riquísimas alfombras,
muchas y grandes arcas llenas de oro,
y un inmenso caudal de ricas joyas.

Y no se equivocaba en esto el vulgo;
pero él, en cuya alma, brilladora,
la luz de la cristiana fe, lucía,
no haciendo aprecio de terrenas pompas,
todo su ser, el cúmulo de afectos
que espléndida atesora el alma erótica,
reconcentraba en adorar ferviente
una imagen sagrada, asaz hermosa.

Era esta imagen veneranda, un Santo
Cristo de Nicodemo, rica joya,
que de Jerusalem había traído
un ascendiente, en época remota,
y según tradición, confirió el mismo
Jesús, tan gran virtud, que aquel que en honda

aflicción, en trabajo o lance extremo
su protección divina, bienhechora,
implorara, jamás le abandonaba
siendo su Defensor, su paz, su gloria.

Como el avaro guarda su tesoro,
encerrado cual perla allá en la concha,
tenía oculta la preciosa imagen
el buen Conde en capilla sumptuosa,
de todos ignorada, cuya puerta
perdióla entre molduras caprichosas,
se abría por medio de un resorte,
que ocultó entre la artística corola.

de una flor, sospechar nadie podría,
que era la llave de la estancia incógnita.

El Conde murió al fin, y sus vasallos
le lloraron así como se llora

la muerte de los justos, que en la tierra
dejan prendas de amor, santa memoria.

Como no había dejado sucesores,
sus súbditos aquellas tan cuantiosas
riquezas, entre sí se repartieron,
y la morada señorial y añosa,
el vetusto castillo, abandonaron,
sin tener la sospecha mas remota
de que tras ellos en sagrada estancia,
escondida cual perla allá en la concha,
dejaban el ebúrneo Crucifijo
la mas preciosa, mas valiosa joya.

II

Paso tiempo, mucho tiempo,
mas aún de dos centurias.

y resistente á las furias
del sañudo vendaval,
el castillo de los Castros,
por el tiempo renegrido,
aun se elevaba atrevido
cual peñasco colosal.

De la altiva fortaleza,
de la señorial morada
hasta esta época cerrada,
era entonces poseedor,
el viejo Eli, el usurero,
el riquísimo judío,
de corazón duro, impío,
siempre insensible al dolor.

De más valor que sus joyas
y sus arcas llenas de oro,
él, poseía un tesoro,
su hija Lot, régio ejemplar
de aquella hebrea bellera
sin mezcla, genuina, pura,
un dechado de hermosura,
sorprendente, y no vulgar.

Cuántos marcebos rabinos
la veían, la admiraban,
y entusiasmados le alababan
culto allá en su corazón;
más sus brillantes ofertas
desdenosa rechazando,
iba á todos alejando,
insensible á su pasión.

Y tachaban á la esquivada
de alma dura, de diamante,
sin sospechar ni un instante
que su pecho juvenil,
se había al amor abierto
cual del sol á los ardores,
se entreabían las frescas flores
del recondito pensil...

Oyó la hermosa judía
de noche, al pie de su reja,
la trova, ó más bien la queja
que iba allí, un hombre á entonar...
vibró en su alma sonadora;
escuchó al bardo altanero;
admiró al joven guerrero...
y amó por fin á Eliatar.

Mas su cítara y su alforje,
su brazo é inspirada mente,
poseía únicamente
el venturoso doncel,
y temían que su dicha
fuese al fin sacrificada,
por la avaricia extremada
de un padre egoísta, y cruel.

Y lo que tanto temían
sucedio al fin; en efecto
Eli concibió un proyecto,
con el que su interés afan,
su inmensa sed de riquezas

satisfecha quedaria...
que a él, el oro le atraia
cual al hierro atrae el iman.

Y en Beiruth publico el viejo,
gozando ya de antemano,
que entregaria la mano
de su hija, al adorador
que mas rico, mas amante,
mas pródigo u obsequioso
le ofreciera generoso
joyas de mayor valor.

Como era tan dilatada
la fama de la belleza
de Lot y su gentilera,
acudieron al saber
la nueva, mil pretendientes,
de Beiruth, de las cercanas
ciudades y otras lejanas,
joya tal a pretender,...

Precedidos de lupo
brillante acompañamiento,
a mas de siervos sin cuento
conduciendo multitud
de regios ricos presentes,
llegaron el dia anunciado
para el prorrateo menguado,
con tier-na solicitud.

III

III

Moria la tarde. Densos nubarrones
el cielo azul habian encapotado;
rugia el mar y con su nivea espuma
de la costa azotaba los peñascos.

Turbulentos bajaban desde el Líbano
grandes raudales de agua, reflejando
en sus brillantes, limpidos cristales
exactamente los contornos vagos,
de las murallas de Beiruth y la última
irradiacion de un sol de invierno, pálido,
temblaba allí en los altos miradores,
del vetusto castillo de los Castros.

Cubiertos por la nieve, divisabanse
la ciudad gigantesca coronando,
de las pardas montañas a lo lejos,
los escuetos y altísimos picachos.

Los contornos grisáceos, indecisos,
cual se borran las tintas de un gran ^{cuadro}
ibanse difuminando entre la niebla
de un crepúsculo triste, frío, helado.

Tornando al tan amado oculto nido,
con rapidex cruzaban el espacio
los pájaros marinos, con sus alas
la espuma de las olas azotando.

Cuando con su gran séquito de sombras
llegó la larga noche, comenzaron
a caer gruesas gotas, produciendo
un murmullo monótono y extraño,
al chocar en los gruesos paredones
del antiguo castillo y al caer bajo
las almenas vetustas, carcomidas,
donde anidaba el temeroso cáraabo

Tería la inmensa mole destacándose de la noche entre el fúnebre sudario, algo de majestuoso y de siniestro, de amenazante, de sombrío y fantástico.

Entre los mil confusos y diversos rumores, á lo lejos se oía á ratos, el aullar de los lobos, que infundía en el corazón miedo, horror, espanto...

Era la noche triste, pavorosa, el ambiente encontrábase cargado de recelos asaz supersticiosos; los israelitas presentían algo anormal, misterioso, que aterraba é intensamente entristecía sus ánimos.

En el salón del señorial castillo adornado con muebles ricos, raros, artísticos tapices y costosas alfombras, se encontraban platicando en un vistoso, abigarrado grupo, todos los pretendientes á la mano de la bella judía, que se hallaba sola, de pie, bajo uno de los arcos ojivales, mirando fijamente los tintes ora rojos ó violáceos, de las llamas que á intervalos lamían la renegrida chimenea, en tanto, que en su mente agitada bruscamente, bullían sentimientos encontrados.

Apenas si bastaban los fulgores de las bugías, que en grandes candelabros de oro macizo, ardían en el centro de aquel salón magnífico, tan vasto,

á disipar los velos de tinieblas que en los muros temblaban, dibujando siluetas caprichosas y deformes cual las visiones de un ensueño mágico.

Seguía lloviendo, y azotando el viento los vidrios; á pesar de ser tan fausto el motivo que allí los reunía, y haberse hacia un momento terminado un suntuoso festín, los israelitas cernerse en derredor sentían algo de sobrenatural y misterioso que infundía en sus almas hondo espanto.

— Por transportar á mis jardines bellos la flor más linda, el lirio más preciado de Beiruth, depositó ante sus plantas, (prorrumpió Malaquías un anciano comerciante de Siria) mil alfombras de costosos, riquísimos bordados, chales de Cachemira, repujadas gornias, ricas joyas... y entre tanto depositaba ante Eli un siervo negro, aquellas maravillas, que el avaro contemplaba nervioso y satisfecho... del mismo modo fueron entregando sus presentes Tasset el de Perugia, Siu el de Bagdad, Mohomed el de Damasco, Elicer el de Alepo, los galanes más ricos, más pudientes y afortunados de las ciudades próximas cercanas... mas de pronto Eliatar, el noble bardo, el cual durante la anterior escena había permanecido mudo, ahogando

su indignación, al centro de la estancia
adelantose bruscamente, rápido,
y con la mano puesta en la gornia,
exclamó con acento altivo y claro
"Siento que la vergüenza y la ira a un tiempo
en mi rostro encienden, al oír, villanos!
"vuestras palabras miserables, ruines
"y no comprendo, y en verdad me pasmo
"de que permaneciendo asaz ociosa
"mi diestra, no haya una á una arrancado
"las lenguas que han osado poner precio
"á la mujer que con delirio amo...
"Pero antes que con dádivas valiosas
"que pueden convencer tan solo el ánimo
"de un padre indigno y cruel, aperebílos
"con la espada, que aquel que se insensato
"pretender así á Lot, su miserable
"existencia á dejar va aquí, á mis manos!"

Callaron todos... del sillón entonces
alzose el viejo lívido, temblando,
al contemplar sus sueños de codicia
desvanecerse como por encanto,
y con la ira pintada en el semblante,
nervioso, con los puños apretados,
intento hizo ademán de abalanzarse
á Eliatar, el cual, adivinando
su proyecto, tal golpe con el puño
del alforge le dió en la frente, que acto
continuo, cayó al suelo Eli de brues,
con el rostro partido, ensangrentado.

Todos poniendo mano á la gornia
contra Eliatar se disponían, en tanto
que arañando, al querer erigirse el viejo,
el muro, fuertemente arió el metálico
ignorado resorte, apareciendo
la imagen de Jesus Crucificado,
del adorable Redentor del mundo,
ante el concurso aquel estupefacto.

Pasó un instante... todos los rabinos
dirigiendose á Eli: "¿Tú eres cristiano?
gritaron en confuso clamoreo,
y en tropel presurosos se lanzaron
la diestra armada con desnudo alforge
y la imprecación horrible en los labios
hacia la Cruz bendita, que irradiaba
en el ara divina, cual un faro
de esperanza; pero antes que llegase
ninguno hasta ella, Eli con un satánico
frenesi, escupió 'impio' á la imagen
hundiendo en su santísimo costado
su puñal varias veces; mas la última
al retirar el hierro, con espanto
vieron que del madero comenzaba
á brotar sangre en hilos muy delgados,
y cayendo en la frente del impio,
cual celestial licor, divino bálsamo,
la ancha brecha, la herida tan profunda
en instantes no más cicatrizaron.

IV

Cual en campo de espigas avanza presuroso

rapidamente el fuego, con gran celeridad,
la nueva del prodigio, del hecho portentoso
corrió de boca en boca, por toda la ciudad.

Asombrados, atónitos, sintieron los judíos
ablandarse su duro e impío corazón,
y deshacerse en su alma, los implacables ríos,
germenes de la duda, que turban la razón.

Y como el sol radiante con sus vivos fulgores
disipa las tinieblas, la esplendorosa luz
de la Verdad, las nieblas densas, de sus errores,
desfizó totalmente... y abrazaron la Cruz.

Entonces vislumbraron horizontes mas puros,
las inesfables dichas del amor celestial,
los que antes solo hallaban caminos inseguros,
en ásperas pendientes, de término fatal...

Y siguieron la ruta divina, bendecida,
las sendas que conducen, á la inmortal Sión,
con el afán intenso, del que halla luz y vida
y se ya cerca el puerto, de dicha y salvación...

Pasaron muchos años desde el tan memorable
día aquel del milagro, hasta que estalló al fin
la guerra, contra el pueblo musulmán, indomable,
sediento de laureles, de sangre y de botín.

Como el cielo violento, que arrasa cuanto halla
pasaba la temida, malévola legión,
sin que oponer pudieran á sus desmanes valla,
sembrando en todas partes luto y desolación.

Y cual otras ciudades, Beiruth la de gigantes
murallas, fue arrasada; con bárbara crueldad
pasados á cuchillo todos sus habitantes;...
convertida en escombros, la célebre ciudad.

Los numerosos templos; ¡impíos! destruyeron,

llevados de su instinto salvaje, asolador;
las sagradas imágenes, con ansia escarnecieron,
quemaron, y arrojaron al mar en su furor.

V

La tarde estaba nublada...
Desde la enroscada sierra
caía el Guadalquivir
turbulento, en mil naderías
de cristal, que al estrellarse
contra las salientes piedras,
se deshacían en gotas,
y transformábanse en perlas.

Los numerosos veleros
que rodean a Valencia,
cual pintoresca quiniela,
desprovistos de su fresca
túnica, de hojas y flores
formaban una cadena
de masas escueltas, pardas,
tristes místicos sin belleza.

Por la acantilada costa,
por ser el día de fiesta,
luciendo vistosos trajes
una multitud inmensa
en mil grupos animados
pululaba; ante la puerta
de una posada, cantaba
con voz discordante y hueca,
un ciego, historias de amores
maravillosos, de guerras,
y de espeluznantes crímenes,

que una Musa callejera,
escribió para que el vulgo,
se solazase con ellas.

Et poca distancia, un grupo
de gente joven y apuesta,
cantaba bellas canciones
regionales; otros mientras
ejecutaban los bailes
del país, con gentileza,
y unos viejos marineros
contemplaban allí, cerca,
tan bullicioso espectáculo
sonriendo con complacencia.

De pronto y entre las ondas
de la corriente, ¡oh sorpresa!
vieron venir unos cuantos
en dirección a Valencia,
de Jesús Crucificado
una imagen santa; al verla
gritaron llenos de asombro,
y se interrumpió la fiesta...
cesaron cantos y bailes
y una muchedumbre inmensa
lanzase al muro posada,
de aparición tan excelsa...
Unos lloraban de júbilo

otros exclamaban - ¡Vedla!
- ¡que echen barcas! - ¡Viva Cristo!
¡No hay duda es! - ¡Bendito sea!

Al instante se aprestaron
dos barcas, y con destreza,
unos marineros hábiles
sacaronla presto á tierra...
y con banderas y con músicas,
llevaronla hasta la puerta
de la casa en que vivía
el Cid Campeador, que al verla
atónito, emocionado,
juzgando que indigno era
de tener tan alto *Fluesped*,
mandó que le condujeran
inmediatamente al templo
mas suntuoso de Valencia.

Aquel tan grato suceso
llenó de alegría extrema
el corazon de los buenos
valencianos, y hubo aquella
noche, tras una solemne
concurridísima, espléndida
funcion religiosa, músicas
iluminaciones, fiestas, -
el general regocijo
con que un pueblo su *Fé* muestra.
Mas cuando al día siguiente
se dirigió á la iglesia
á visitar á la Santa
imagen, la concurrencia,
contempló con estupor

que estaba el ara desierta,
y se hallaban apagadas
las lamparas que encendieran...

Sobre el modesto retablo
de una ermita en que la hiedra
sostenia los ruinosos
muros, que allá en las risueñas
orillas del claro Turia
se alzaba sola, desierta,
apareció el Santo Cristo
de Beiruth, y allí la intensa
piedad de los valencianos,
le erigió suntuosa, espléndida
iglesia, denominada
del Salvador, y aún en ella
la antigua y célebre imagen
serviente el pueblo venera.

Lema:
Beiruth - Valencia